El padre

Fue la Nochebuena de 2021 aquella en que Maximiliano Allende, a sus setenta y siete años, se aferrase a la firme determinación de negarse a abandonar este mundo dejando en él una buena bodega. Tomó asiento en la cabecera de la opulenta mesa, que se extendía ante él como una mansa tentativa a su impaciencia. Miró al frente, y como era costumbre desde que el cáncer se la arrebatase, extrañó la mirada azul de su esposa. Fue su ausencia lo que le arrojó a la dolorosa certeza de la Navidad como un tiempo en que barrer el alma y abrigar los pensamientos ante la hoguera de un pasado mejor.

A su derecha estaba el hijo, que al menos esta vez había tenido la decencia de no presentarse a cenar con la pécora que tuviese a bien colgar de su brazo aquellos días. A su izquierda se sentaba la menor de las hijas, condenada en casa y fuera de ella a una pueril inocencia sólo soportada por el yerno, que sentado junto a ella miraba el mundo con la condescendencia que sólo da una patética carrera política que desemboca en un juzgado. A su lado estaba la otra hija, la de las ilusiones muertas y sólo resucitadas por las infidelidades con que acuchillaba su matrimonio con el abogado de mirada perdida, billetera llena y labios sellados que tenía frente a ella.

Huyendo del silencio, fingió refugiar su mirada en el viejo retrato que le recordó su pasado de cuartel y uniforme en Ceuta. Incapaz de sentirse culpable por no haber recordado nunca los cumpleaños de sus hijos, se levantó de la mesa en busca de otra de aquellas botellas que atesoró durante toda una vida y aquella Nochebuena decidiese no dejar a sus descendientes, a los que, por no dejar, tan siquiera dejaría su apellido.